
LEÓN BENAVIDES

«Un león por armas tengo,
Y Benavides se llama.»
(TISSO DE MOLINA.—*La prudencia en la mujer.*)

Apuesto cualquier cosa á que la mayor parte de los lectores no saben la historia ni el nombre del león del Congreso, el primero que se encuentra conforme se baja por la Carrera de San Jerónimo. Pues, llamar, se llama... León, naturalmente. Pero ¿y el apellido? ¿Cómo se apellida? Se apellida Benavides.

Pero más vale dejarle á él la palabra, y oír su historia tal como él mismo tuvo la amabilidad de contármela, una noche de luna en que yo le contemplaba, encontrándole un no sé qué particular que no tenía su compañero de la izquierda.

«¿Qué tiene este león de interesante, de solemne, de noble y melancólico que no tiene el otro; el cual, sin embargo, á la observación superficial,

puede parecerle lo mismo absolutamente que éste?»

Hacia la mitad de la frente estaba el misterio; en las arrugas del *entrecejo*. No se sabía cómo, pero allí había una idea que le faltaba al otro; y sólo por aquella diferencia el uno era simbólico, grande, artístico, casi casi religioso, y el otro vulgar, de pacotilla; el uno la patria, el otro la patriotería. El uno estaba ungido por la idea sagrada, el otro no. Pero ¿en qué consistía la diferencia escultórica? ¿Qué pliegue había en la frente del uno que faltaba á la del otro?

Y contemplaba yo el león de más arriba, empuñado, con honda simpatía, en arrancarle su secreto. ¡Cuántas veces en el mundo, pensaba, ven cosas así: dos seres que parecen iguales, vaciados en el mismo molde, y que se distinguen tanto, que son dos mundos bien distantes! El nombre, la forma, cubren á veces bajo apariencias de semejanza y aún de identidad; las cualidades más diferentes, á veces los elementos contrarios.

Y en estas filosofías me sorprendió una voz metálica, que vibraba á los rayos de la luna como á los del sol vibraba la de aquella famosa estatua egipcia.

Temblorosa, dulce, apagada, saliendo de las fauces de hierro, decía la voz:

«Es una cicatriz. La diferencia que buscas entre mi compañero y yo no está más que en eso; en que yo tengo en la frente una cicatriz. La cicatriz

te revela un alma, y por eso te intereso. Gracias. Ya que te has fijado en que yo tengo un espíritu y el otro no, oye mi historia y la historia de esta cicatriz.

*
*
*

Nací en las montañas de León, hace muchos siglos, en los más altos vericuetos que dividen, con agujas de nieve eterna, la tierra leonesa y la tierra asturiana. Yo era de piedra, de piedra blanca, dura, tersa. Desde mi picacho veía á lo lejos, hacia el Nordeste, otras montañas, blanquecinas también, y á fuerza de contemplarlas hundidas como yo, *hundidas* hacia arriba, en los esplendores del cielo azul, llegué á enamorarme de ellas, como el objeto más digno de mis altos pensamientos. El sol nos iluminaba; de ellas á mí, de mí á ellas, iban y venían resplandores. Se llamaban Covadonga.

Un día, el hjerro de un noble montañés me hizo saltar de mi asiento, me arrancó de las entrañas de mi madre, la cima, y abajo en la cañada el toscó instrumento de un vasallo me labró de suerte que del fondo de mi naturaleza berroqueña poco á poco se fué destacando en relieve una figura, y desde entonces tuve un alma, fui una idea, un león. Fui un león rapante en un cuartel de un escudo. De aquellos días acá pasé por cien *avatares*, por metempsicosis sin cuento; pero sin perder la unidad de mi idea, mi idea de león.

Mi idea nació, en rigor, de un equívoco; mi

nombre no debiera ser *león*, sino *legión*; porque vengo de *Legio* y no de *Leo*. La ciudad de León, á que debo el ser quien soy, se llama así, como saben todos, por haber sido asiento de cierta legión romana. Pero hay algo superior á la lógica gramatical, y la transformación de *Legio* en *León* quedó justificada por la historia. Los leoneses fueron leones en la guerra de la Reconquista. Desde mi escudo montañés, donde el cierzo puro de la cañada del puerto me fué ennegreciendo con la pátina del tiempo noble, bajé con los Benavides, cuyo orgullo era, cuyas hazañas inspiraba, á los llanos de Castilla, y corrí por Extremadura y Portugal, y hasta puse la garra en tierra de Andalucía. En matrimonios por amor y en matrimonios por razón de Estado, vime enlazado muchas veces, en los cuarteles de los escudos, con águilas y castillos, y cabezas cortadas, y barras y pendones. Unas veces fuí de piedra, otras de hierro, de plata y oro á veces también; y ora corrí los campos de batalla, flotando al aire en el bordado relieve de una enseña, ya saltando sobre el pecho de un noble caballero, ó de una hermosa castellana en la caza, imagen de la guerra.

Mas un día quise probar fortuna en la vida real, dejar de ser símbolo y tener sangre... y convertirme en león verdadero, con garras y dientes, por tener el honor de que me venciera *Mío Cid*, Rodrigo de Vivar, el que ganó á Valencia.

Pasaron siglos y siglos, y de una en otra transformación llegué á verme hecho hombre, mas sin dejar mi naturaleza leonina.

Y en mi encarnación humana quise nacer donde había nacido como piedra, y fuí leonés de la montaña, y al bautizarme llamáronme León, y mis padres eran de apellido Benavides. Pero Benavides pobres; nobles olvidados que trabajaban el terruño como sus antiguos siervos.

En mi aldea, como Pizarro en la suya, fuí el terror de mis convecinos, pues desde muy tierna edad comencé á obrar como quien era, á hacer de las mías, *leonadas*, cosas de fiera. Valga la verdad... desde chico vertí sangre; pero fué defendiendo mi dignidad ó la justicia del débil, y luchando siempre, como el Cid mi vencedor, con quince y más enemigos.

Me llamaban *Malospelos*, porque los tenía tales, que crecían como selva enmarañada, crespos y abundantes, de tal forma, que en la fortísima cabeza no se me tenían gorra ni sombrero, que me sofocaban como si fueran yugo.

En las romerías hacia yo mis grandes estragos, mis hazañas mayores... Yo no quería mal á nadie, ni siquiera á los montañeses del otro lado de los puertos, con quien los de mi pueblo andaban en guerra en tales romerías... No aborrecía á nadie... pero el amor, el vino, todo se me convertía á mí en batalla. Los ojos de las zagalas morenas y pen-

sativas de mi montaña leonesa me pedían hazañas, sangre de vencidos... La voluptuosidad para mí tenía como un acompañamiento musical en el esfuerzo heroico, en la temeridad cruenta. Y después, como el diablo lo añasca, siempre se me ponían entre las manos huesos frágiles, músculos fofos... No sabían resistirme... Sabían irritarme y no sabían vencerme. Nadie me tenía por malo, aunque todos me temían; y entre bendiciones y llantos de zagalas, viejos y niños... acabé por salir del pueblo, camino de presidio. Tenía veinte años.

Por hazañas inauditas, por esfuerzos heroicos; salvando á un pueblo entero á costa de sangre mía—poca y casi negra—vine libre de cadenas y convertido en soldado. En la guerra bien me iba; ¡pero la paz era horrible! Había una cosa que se llamaba la disciplina, que en la guerra era un acicate que animaba, que confortaba; y en la paz como el hierro ardiente del domador, que horroriza y humilla, y hasta acobarda, y agría y empequeñece el mismo carácter de los leones, que ya se sabe que por sí son nobles.

¡Lo que me hizo padecer un cabo chiquito, que olía á mala mujer, y se atusaba mucho; muy orgulloso porque sabía de letra! ¡Lo que me hizo padecer por causa de los pícaros botones, que todos los días me estallaban sobre el pecho! A mí el pecho se me ensanchaba como por milagro; respira-

ba fuerte, como una fragua y... ¡zás! allá iba un botón; y el cabo allí enfrente, debajo de mi barba, insultándome, sacudiéndome: «¡Torpe! ¡hara-gán! ¡mal recluta!» ¿Y la gorra de cuartel? No me cabía en la cabeza. Cada vez que entraba en fuego, la gorra, el ros, ó lo que fuese, me saltaba del cráneo, porque de repente la melena me crecía, se enmarañaba... ¡qué sé yo! No podía llevar nada sobre las sienes. ¡Y qué disgustos! ¡qué humillaciones por esto! En la acción yo era el más bravo; pero en el cuartel siempre estaba bajo el rigor de un castigo; pasaba arrestado la vida...

Por fin, en una campaña terrible, en que morían los nuestros como si fueran moseas, y morían sin compasión, descuartizados... yo me volví lo que era, una fiera loca. Y no sé lo que hice, pero debió de ser tremendo. En el campo de batalla, á mis solas, rodeado de enemigos, me convertí en lo que fui en tiempo del Cid... pero aquí el Cid era yo; vencí, deshice, magullé, me bañé en sangre... hasta hincé los dientes... era león para algo. Después se habló de mi heroísmo, de la victoria que se me debía... pero me vendió la sangre que me brotaba de la boca. ¿Era una herida? No. La sangre no era mía. Parece ser que entre los colmillos me encontraron carne. La cosa estaba clara: caso de canibalismo... ¡qué se diría! No había precedente... pero por analogía... El honor, la disciplina... *la causa de la civilización*... también esta-

ban sangrando. Se formó el cuadro, dispararon mis compañeros, los mismos á quien yo había salvado la vida. Y caí redondo. No me tocó más que una bala, pero bastó aquélla, me dió en mitad de la frente. Me enterraron como un recluta rebelde, y resucité león de metal, para no volver más á la vida de la carne. Aquella bala me mató para siempre. Ya jamás dejaré esta figura de esfinge irritada, á quien el misterio del destino no da la calma, sino la cólera cristalizada en el silencio. Esta cicatriz tiene tanto de cicatriz como de idea fija.

Calló el león, y con desdén supremo, volvió un poco la cabeza para mirar á su compañero de más abajo, el león sin cicatriz, vulgarmente arrogante, insustancial, cómico, plebeyo.

«Yo,» concluyó Benavides, «soy el león de la guerra, el de la historia, el de la cicatriz. Soy noble... pero soy una fiera. Ese otro es el león... parlamentario; el de los simulacros.»

EL QUIN

Lo siento por los que en materias de gusto no tienen más criterio que la moda, y no han de encontrar de su agrado esta verídica historia, porque en ella se trata de estudiar *el estado de alma* de un perro; y ya se sabe que el arte psicológico, que estuvo muy en boga hace muchos años, y volvió á estarlo hace unos diez, ahora les parece pueril, arbitrario y soso á los *modistos* de las letras parisienses, que son los tiranos de la *última novedad*.

Los griegos, los clásicos, no tenían palabra para el concepto que hoy expresamos con esta de la moda; allí la belleza, por lo visto, según Egger, no dependía de estos vaivenes del capricho y del tedio. ¡Ah! los griegos hubieran podido comprender á mi héroe, cuya historia viene al mundo un poco retrasada, cuando ya los muchachos de París y hasta los de Guatemala, que escriben revistas efímeras, se burlan de Stendhal y del mismísimo Paul Bourget.